

Eugenio Martín

Documentales, dramas sociales, comedias costumbristas y musicales, aventuras medievales y contemporáneas, *thriller* psicológico y patológico, terror fantacientífico y parapsicológico, *Western*.

¿Se recuerda algún otro director español, pertenezca a la generación que pertenezca, que haya compaginado tantos y tan diversos registros?

José Isbert. Telly Savalas. Alfredo Landa. Lee Van Cleef. José Luis López Vázquez. James Mason. José Sacristán. Chuck Connors. Imanol Arias. Peter Cushing. Rafael Álvarez “el Brujo”. Mel Ferrer. Tomás Milian. Julio Iglesias (sí, él), Christopher Lee, entre ellos.

Emma Penella. Carroll Baker. Celia Gámez. Lola Flores. Gina Lollobrigida. Rocío Dúrcal. Alida Valli. Charo López. Anne Francis. Mari Carrillo. Gilliam Hills. Aurora Bautista. Judy Geeson. Cristina Galbó, Ángela Molina, entre ellas.

¿Existen más directores nacionales que hayan dispuesto ante su cámara de un abanico estelar de tamaña heterogeneidad?

Eugenio Martín Márquez nace en Ceuta el quince de mayo de 1925, y desde que creó el primer Cine-Club de Granada su aportación al Audiovisual español cubre cerca de cincuenta años y es digna de encomio.

Su trabajo inicial con la cámara es el mediodocumental **Viaje romántico a Granada** (1954), descrito por Luis G. Berlanga como “el mejor documental de arte jamás hecho en España y uno de los más bellos del mundo” (*Ideal*, 22-6-1955). Rodado poco después, el primer largo de Martín, **Despedida de soltero** (1957) brinda un admirable combinado de melodrama testimonial y humor costumbrista, que pese al talento cinematográfico tan prometedor que anunciaba se estrenó tarde, mal y (casi) nunca. Por ende, debió dejar la realización y emplearse como ayudante, labor que no había desempeñado nunca, curiosamente. No menos curiosamente, trabajó sólo para cineastas extranjeros, y tan sonoros como Terence Young, Roy Ward Baker, Guy Hamilton, Michael Anderson, Nathan Juran, Cy Endfield, Nicholas Ray... Finalizada esta transición, retomó su carrera de director, sin volver a interrumpirla ya, y compaginando géneros e intérpretes de todo tipo.

¿Se conocen otros directores españoles de tan peculiar comienzo? Repetimos, desglosando: ningún trabajo como ayudante, con los que hubiera podido aprender, cuando menos, la ardua particularidad de sobrellevar un rodaje, día tras día; diversos documentales, multipremiado el primero de ellos; una película de director, mucho mejor de lo que cabía esperar en un debutante sin experiencia alguna en rodajes; varios cometidos de ayudante en importantes películas extranjeras, desenvolviéndose en una

lengua ajena y bajo métodos diferentes; nuevos trabajos de director, reuniendo el talento, en gran medida instintivo, demostrado en la “opera prima”, con todo lo que aprendió al abrigo de unos cineastas anglosajones que forman parte de la historia del Séptimo Arte.

Un caso único, irrefutablemente.

El muy poco común encadenado laboral de director-ayudante-director sin duda facilitó a Eugenio Martín una habilidad particular a la hora de sacar adelante cualquier tipo de película, optimizando tiempo y recursos: para mandar, hay que saber obedecer. Mientras que el fracaso de su “opera prima”, personal y con espíritu crítico, le empujó a cultivar el cine de género en coproducción característico de Europa en los años 60/70, convirtiéndole empero en uno de los mejores especialistas: si no haces lo que quieres, quiere lo que haces.

¿Cuál habría sido su destino profesional, si **Despedida de soltero** hubiera alcanzado la favorable respuesta merecida? Resulta arduo especularlo, es imposible saberlo. Sin embargo, el cine español se habría quedado sin obras tan magníficas como **Hipnosis** (1962), en el *Thriller*, **El precio de un hombre** (1966) en el *Western*, **Pánico en el Transiberiano** (1972), en el *Fantastique*, y **Una vela para el diablo** (1973), en el *Horror*, géneros tan válidos como el desplegado por **Despedida de soltero**. Seamos positivos, pues. Dado que tales películas, las mejores del autor, son fruto de una sensibilidad susceptible de somatizar unos patrimonios estéticos hartamente distintos, y ésta constituye una virtud nada común. Por cierto, la eficaz modestia de la puesta en escena homologa, para bien, el enfoque estético-narrativo de todas ellas, así como del resto de la obra de Martín. Los principios básicos estriban en disponer la cámara al servicio de una trama sólida e interesante; valorar los intérpretes como vehículo de expresión antropomórfico; estimar que la atmósfera pertinente verifica que cada género entraña un mundo propio; y despreciar por sistema cualquier efectismo formal, todo alarde técnico. Autor abocado a la artesanía, artesano que procuró no sacrificar su fundamental cualidad de autor, cineasta de raza en cualquier caso, Eugenio Martín ciertamente constituye un caso singular, pues, repetimos, su trayectoria apenas revela puntos en común con la de ningún otro director nacional. Por añadidura, el visionado de su obra (cuatro cortometrajes, veintidós largometrajes, dos series televisivas), efectuado compaginando la perspectiva diacrónica con la sincrónica, revela que, cuando menos, la mitad de los trabajos entraña un interés irrefutable. Considerando todo lo que hay que considerar, no nos parece mal balance. Al contrario.

Carlos Aguilar y Anita Haas, febrero de 2009.